

otras tantas lizas cerradas para sus combates, otras tantas prendas para las negociaciones de sus tratados. Sin embargo, no se ponían de acuerdo acerca del programa que había de adoptarse y que, por otra parte, las circunstancias no permitían discutir libremente. Pero, fuera de toda acción de la palabra y de la prensa, formábase una corriente de opinión que al principio había de obrar lentamente, minando poco á poco el antiguo régimen, para luego estallar de pronto con violencia. Los italianos, á fuer de acostumbrados á someterse á la suerte, habían acogido sin gran irritación á sus príncipes; mas una vez pasado el primer momento de tristeza ó de asombro, volvieron á acariciar secretamente las teorías que les habían seducido. ¡Y cosa singular!, aquellos que más rudamente castigados se habían visto por los últimos disturbios no siempre escapaban á la influencia común y, amparados por la apacible dominación de Austria, sentíanse á veces atraídos por el espíritu de novedades.

Existía en la Península un Estado que había comprendido esta disposición de los ánimos y se apercibía á aprovecharse de ella, y ese Estado era el Piamonte. Este, después de Novara, se había dejado dominar durante algunos días por el desaliento de la derrota: «Todo ha terminado...», escribía d'Azeglio en 3 de abril de 1849; después de estos golpes sólo se conservan apariencias de vida, pues el alma y el cuerpo han muerto. Nunca más verá á mi patria libre del yugo. ¡Hágase la voluntad de Dios! No nos queda más que el honor (1).» Pero muy pronto un sentimiento más reflexivo había suavizado la amargura de aquella primera impresión, y sin que nadie se atreviera á confesarlo, surgió nuevamente la idea de la hegemonía italiana como la esperanza del porvenir. En el mes de octubre de 1849, en el mismo momento en que Pío IX publicaba su *Motu proprio*, el pueblo de Turín, silencioso y recogido, subía las cuevas de la Superga y acompañaba hasta su regia sepultura los despojos mortales de Carlos Alberto, que acababa de fallecer en Portugal abrumado más por la derrota que por la enfermedad. ¿En los honores extraordinarios que entonces se tributaron á aquel príncipe fallecido lejos de su patria, había de verse no más que el natural homenaje de una nación á su soberano? ¿No ocultaba, por el contrario, aquel triunfo póstumo un sentimiento, hijo del cálculo en los hombres de gobierno, instintivo en las masas? Cuando se exaltaban las virtudes del monarca, su valor, sus retos á la suerte; cuando los liberales, que tantas veces le desdénarían, le llamaban en el Parlamento el magnánimo Carlos Alberto; cuando se le otorgaban honores que habrían alarmado y conturbado á la sombra misma del príncipe, ¿se pensaba tal vez en dar á la causa de la independencia italiana una especie de precursor legendario, de imagen conmovedora y cabalresca? A diferencia de los demás soberanos, Víctor Manuel mantuvo el *estatuto*; era el único que podía hacerlo sin ningún riesgo, á causa del carácter nacional de su dinastía y del tem-

(1) D'Azeglio, *Correspondence*, pág. 59.

peramento de su pueblo. Aquel rey practicó una política no de inacción, sino de recogimiento, atento á recoger los menores síntomas de la opinión pública, disimulando sus miras ambiciosas para poder mejor perseguirlas y apercibiéndose á atraer á su monarquía á todas las fuerzas liberales de Italia. La Providencia había enviado á aquel príncipe, muy joven todavía y poco á la altura de tal misión, un consejero de gran inteligencia y extraordinaria rectitud, Máximo de Azeglio, ministro de Negocios extranjeros del rey de Cerdeña y presidente del consejo, que contribuyó poderosamente á conquistar para su patria vencida la estimación de Europa. Llegó más tarde un día en que para los designios del Piamonte la rectitud no fué suficiente y aun pudiera haber sido un obstáculo; pero tampoco en aquella ocasión abandonó la fortuna á Víctor Manuel. Entre los colegas del Sr. de Azeglio había un personaje dotado de extraordinaria perspicacia y de infatigable actividad, capaz de toda empresa y demasiado hábil para cometer una mala acción inútil, pero poco escrupuloso y sobre todo sensible á toda ganancia. Era este hombre Camilo de Cavour, el cual con desenvoltura genuinamente italiana, después de haberse eclipsado ante su jefe, le suplantó. La conquista de la presidencia del consejo fué su primera anexión, y cuando estuvo en el poder dedicóse á persuadir á las cancillerías de que el buen orden político de Europa sólo con la grandeza del Piamonte podía consolidarse. No se sabe qué admirar más, si la audacia del ministro sardo que usó tal lenguaje ó la candidez de las cancillerías que le escucharon. A Cavour estaba reservado el utilizar el movimiento liberal italiano, señalarle su meta y absorberlo, conteniéndolo al mismo tiempo.

Durante los años 1850 y 1851, Francia, aparte de la ocupación de Roma, permaneció ajena por completo á aquella Italia, aparentemente tranquila y moralmente tan agitada. Nuestra política interior absorbía entonces toda nuestra actividad. Más adelante, cuando Luis Napoleón transformó el título de su poder, fué cuando fijó nuevamente su atención sobre la Península. Si nos fuera permitido anticipar los acontecimientos, diríamos que el príncipe y Francia se olvidaron de 1848 y 1849. De las negociaciones penosas y á menudo infructuosas que habíamos intentado se desprendían dos lecciones visibles é innegables: la primera es que se hace necesario proceder con mucha reserva cuando se interviene en los asuntos de las naciones vecinas, aun en el caso en que se quiere ilustrarlas y salvarlas, y en prueba de ello tenemos los ejemplos de Lamartine, de Cavaignac, de Bastide y posteriormente de M. de Lesseps, cuyos buenos servicios fueron premiados con la desconfianza ó con las injurias; la segunda es que esta reserva, prudente siempre, lo es sobre todo tratándose de italianos, el pueblo más seductor, más sagaz y también menos accesible al agradecimiento. Si hubiésemos podido penetrarnos bien de esta doble enseñanza, no habrían resultado caros nuestros trabajos, nuestros errores y nuestras perplejidades; pero aquella experiencia, como tantas otras, no fué para nosotros de ningún provecho.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Sentimientos del presidente de la República después del voto de los créditos de la expedición romana: desconfianza é irritación hacia sus ministros.—Mensaje del 31 de octubre: impresión producida: el nuevo gabinete.—Luis Napoleón, satisfecho de haber demostrado su fuerza, no se separa de la mayoría: la unión existe, pero precaria, no cordial. Dos partidos comienzan á aparecer, el *partido del Eliseo* y el *partido de la Asamblea*.—La Asamblea se prepara á abordar la ley de enseñanza.
- II.—Establecimientos de instrucción pública bajo el antiguo régimen: época revolucionaria: influencia desastrosa de la Revolución.—El primer cónsul crea la *Universidad de Francia*: carácter de esta institución: monopolio que se le atribuye.—Revolución: subsistencia del monopolio universitario.—Revolución de 1830.
- III.—Movimiento de renacimiento cristiano: nuevos miembros del clero: el Padre Ravignán, el padre Lacordaire, el padre Dupanloup.—El diario *L'Avenir*: cómo fracasa: peligros y ventajas de esta tentativa.—La regresión á las ideas religiosas está sobre todo muy acentuada en una parte de la juventud: fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl.—Sermones en Nuestra Señora.—Conversiones: restauración de Ordenes religiosos; obras de caridad.
- IV.—En este grupo católico es donde encuentra sus campeones la libertad de enseñanza.—Montalembert; su carácter: proceso de la *escuela libre*.—La *cuestión de la libertad de enseñanza* no se plantea hasta 1840; incertidumbre y divergencias; esfuerzos de Montalembert para juntar á los católicos en una acción común.—Actitud del gobierno: los cuatro proyectos sucesivos debidos á la iniciativa ministerial: cómo no prosperan: causas generales de estos fracasos.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Revolución de febrero: frase de M. Cousin á M. de Remusat: las ideas religiosas, única valla contra las ideas socialistas.—M. de Falloux, ministro de Instrucción pública: nombramiento de dos comisiones para preparar un proyecto sobre la instrucción primaria y un proyecto sobre la segunda enseñanza: composición de estas comisiones.—Cuestión de la enseñanza primaria. M. Thiers: extraña evolución que se ha operado en su espíritu: quiere confiar al clero la dirección de la enseñanza primaria.—Cuestiones de segunda enseñanza: debate muy animado: M. Thiers y el padre Dupanloup.—Redacción del proyecto: conjunto de sus disposiciones: es presentado á la mesa de la Asamblea legislativa en 18 de junio de 1849.
- VI.—Doble oposición que promueve el proyecto: objeciones de los universitarios; objeciones de ciertos católicos.—Comisión parlamentaria: embarazo y perplejidades de los miembros de esa comisión: M. de Montalembert: su desaliento pasajero.
- VII.—Nuevos retrasos: el gobierno algo menos favorable á los católicos: ministerio del 31 de octubre.—Proposición para que el dictamen pase al consejo de Estado: remisión votada.—Abolición del certificado de estudios; ley sobre los maestros.—Al fin se aborda la discusión pública de la ley de enseñanza.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—La ley encuentra tres clases de adversarios: los montañeses, los universitarios y ciertos católicos: Víctor Hugo, M. Barthelemy de Saint-Hilaire, M. Wallon, M. Parisis, el padre Cazalés.—Necesidad de la unión en el seno de la mayoría: declaraciones de M. de Parieu: discursos memorables de M. de Montalembert y de M. Thiers.—Segunda deliberación: varias enmiendas: enmienda relativa á las congregaciones religiosas: nueva intervención de M. Thiers.—Tercera deliberación: votación definitiva.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Ventajas de la ley desde el punto de vista religioso: cómo saben los católicos servirse de la libertad de enseñanza. Numerosas fundaciones de establecimientos.—Espíritu de amplia equidad que reina en el consejo superior y en los consejos académicos.—El comité de enseñanza libre.—La ley de 15 de marzo de 1850 es un verdadero *edicto de pacificación*.—Justicia imperfecta que hacen los católicos á los autores de la ley.—Frase contrastada de M. de Montalembert: cómo esta parsimonia en el agradecimiento puede ser motivo de lamentos, pero no ocasión de recriminaciones ó de escándalo.

I

Aún duraban los debates sobre la cuestión romana cuando una evolución brusca que se produjo en el Eliseo proporcionó nuevo pábulo á la curiosidad pública.

El reciente voto de los créditos relativos á la expedición había marcado la comunidad de miras entre el ministerio y la mayoría. No quedaban ya trazas de los ligeros disonamientos suscitados poco antes. Pero, á los ojos de casi todo el mundo, quien se había sacrificado para obtener dicho acuerdo era el autor de la carta á Edgardo Ney; y Luis Napoleón estaba menos dispuesto que nunca á aceptar semejante humillación para su política personal. El silencio de Thiers le había mortificado profundamente: el lenguaje de Barrot le había parecido una reparación insuficiente. En tal disposición de ánimo, repasaba todos los incidentes que, desde hacía un año, le habían herido en su amor propio. Sus minis-

tros tenían más trazas de servirlo que de protegerlo: casi siempre llegaban al consejo con opiniones formadas: costábase trabajo obtener que sus cartas fuesen leídas y publicadas. ¿Qué le quedaba fuera de la pompa exterior del poder, los viajes regios, las solemnes inauguraciones de ferrocarriles y las recepciones, poco concurridas, del Eliseo? El mal humor del presidente era tan real, que se reflejaba hasta en su rostro ordinariamente impasible. Impaciente por escapar á la tutela del gabinete ó de la Asamblea, volvía á todas las ideas de su juventud. En el interior, regresión á la política revolucionaria y ruptura completa con la derecha; en el exterior, alianza con Prusia contra las potencias retrógradas y abandono del papado, tales eran los proyectos peligrosos ó quiméricos que abrazaba ó rechazaba, según que triunfase en su ánimo el despecho ó la sensatez. Los agentes de nuestra política en Roma, sobre todo, eran objeto de la reprobación del presidente. No se can-

saba de repetir que el general Rostolán era demasiado amigo del partido clerical. Desde luego había tenido la intención de substituirlo por el general Randón, que era protestante (1); pero habiendo éste rehusado el cargo, designó para su desempeño al general de Hautpoul, y, pocos días después, al general Baraguey d'Hilliers. En cuanto á Corcelles, el presidente propuso, el 20 de octubre, desaprobarlo públicamente: como el gabinete se negase á tomar semejante medida, el príncipe cedió, pero de tan mala gana, que se temió que se publicase una nota de desaprobación á pesar y sin el conocimiento del ministerio; y aquel temor era tan grande, que Dufaure, ministro del Interior, encargó al director del *Monitor* que no permitiese ninguna inserción sin consultarlo, aunque la inserción fuese pedida por el personal del Elíseo (2). Los ministros no se hacían ilusiones sobre su próxima caída. Aunque todavía no fuesen reemplazados, varios de ellos habían abandonado ya la dirección de los negocios. Odilón Barrot, enfermo y descorazonado, se había retirado á Bougival. Falloux, dimisionario de hecho desde hacía más de un mes, había marchado al Mediodía á fin de restablecer su quebrantada salud. Dufaure y Tocqueville se habían quedado en París, inquietos, vigilantes, procurando contener al príncipe sin exasperarlo, y preguntándose qué nueva resolución le haría tomar su ma humor.

La tormenta estalló el 31 de octubre. Y estalló, no como lo temía un instante Tocqueville, bajo la forma de un golpe de Estado, sino bajo la forma mucho más benigna de un *manifesto*. Por la mañana, el presidente reunió á sus ministros, les expuso los disentimientos que hacían una separación necesaria, y les pidió su dimisión. Prodigóles, sin embargo, sus testimonios de aprecio; envió á Odilón Barrot, retenido aún en Bongival, el gran cordón de la Legión de honor que éste había rehusado. Al terminar la sesión parlamentaria, un ayudante de Luis Napoleón entregó al presidente de la Asamblea el siguiente mensaje del jefe del Estado, que fué leído en medio del más profundo silencio.

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

«Señor Presidente:

»En las graves circunstancias que atravesamos, el acuerdo que debe reinar entre los diferentes poderes del Estado no puede mantenerse como no se expliquen francamente uno respecto á otro, animados ambos de una mutua confianza. A fin de dar el ejemplo de esta sinceridad, vengo á manifestar á la Asamblea las razones que me han determinado á cambiar de ministerio, y á separarme de unos hombres cuyos servicios eminentes me complazco en proclamar y á quienes tengo amistad y gratitud.

»Para afianzar la República amenazada de un lado y otro por la anarquía, para asegurar el orden más eficazmente de lo que ha estado hasta hoy, para mantener en el exterior el nombre de Francia á la altura de su fama, se necesitan hombres que, animados de una abnegación patriótica, comprendan la necesidad de una dirección única y firme y de una política claramente formulada,

(1) Randón, *Mémoires*, tomo I, pág. 36.

(2) Papeles y documentos inéditos.

que no comprometan el poder con ninguna irresolución, que se preocupen tanto de mi propia responsabilidad como de la suya y más de la acción que de la palabra.

»Pronto hará un año que vengo dando bastantes pruebas de abnegación para que se sepa cuáles son mis verdaderas intenciones. Sin rencor contra ninguna individualidad ni contra ningún partido, he dejado llegar al poder á los hombres de opiniones más diversas, pero sin obtener los felices resultados que yo esperaba de esa conjunción. *En vez de operar una fusión de matices, no he obtenido más que una neutralización de fuerzas.* En medio de esta confusión, Francia, inquieta, porque no ve dirección, busca la mano, la voluntad del elegido del 10 de diciembre. Y esta voluntad no puede sentirse si no hay entera comunidad de ideas, de miras y de convicciones entre el presidente y sus ministros, y si la Asamblea misma no se asocia al pensamiento nacional, cuya expresión consistió en la elección del poder ejecutivo. (*Rumores en la izquierda.*)

»El 10 de diciembre triunfó todo un sistema. Porque el nombre de Napoleón es por sí solo todo un programa. Quiere decir: en el interior, orden, autoridad, religión, bienestar del pueblo; en el exterior, dignidad nacional. Esta política, inaugurada con mi elección, es la que quiero hacer triunfar con el apoyo de la Asamblea y el del pueblo. Quiero ser digno de la confianza de la nación manteniendo la Constitución que juré. Quiero inspirar al país, con mi lealtad, con mi perseverancia y con mi firmeza, una confianza tal que los negocios se reanimen y se tenga fe en el porvenir. La letra de una Constitución tiene sin duda una grande influencia sobre los destinos de un país; pero la manera de cumplirla quizá la ejerce mayor todavía...

»Levantemos, pues, la autoridad sin inquietar á la verdadera libertad. Calmemos los temores dominando animosamente las malas pasiones y dando á todos los nobles instintos una dirección útil. Afiancemos el servicio religioso sin abandonar nada de las conquistas de la Revolución, y salvaremos al país á pesar de los partidos, de las ambiciones y hasta de las imperfecciones que nuestras instituciones pudieran encerrar.

»LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.»

Al día siguiente fueron publicados los nombres de los nuevos ministros. El general de Hautpoul era llamado al departamento de la Guerra. El Sr. de Rayneval, ministro de Francia en Nápoles, recibía la cartera de Negocios extranjeros, que rehusó y que fué confiada luego al general de la Hitte. El Sr. Rouher, abogado en Riom, poco conocido entonces, pero señalado ya al príncipe por su laboriosidad y elocuencia, era nombrado ministro de la Justicia. Otro abogado de la Auvernia, el señor de Parieu, reemplazaba á Falloux en el ministerio de Instrucción pública. Un banquero muy conocido, el Sr. Fould, recibía la cartera de Hacienda. Las de Marina, Obras públicas y Comercio recayeron respectivamente en los señores Romain-Desfossés, Bineau y Dumas. En cuanto al ministerio del Interior, fué confiado á Fernando Barrot, secretario general de la presidencia, hombre desconocido y de poca talla para su nuevo cargo; era hermano del ex presidente del Consejo.

No era un golpe de Estado, pero era mucho más que



LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE, PRESIDENTE

(De un grabado de E. Pichard, dibujo original de Sebastián Cornu)

una crisis ministerial. La impresión fué muy viva, y el asombro casi general. ¿Por qué tan repentino cambio? ¿Por qué aquel nuevo programa? ¿Por qué aquella súbita desgracia de un gabinete que tenía en la Asamblea trescientos votos de mayoría? Así se expresaban con mucha animación los parlamentarios cándidos que creían que las Cámaras son las únicas que pueden provocar las crisis ministeriales. Como la revolución de Febrero, á su decir, se había realizado contra el poder personal del rey, no volvían de su sorpresa al ver renacer, en menos de dos años de intervalo, aquel mismo poder que se había querido abolir. Los monárquicos, y sobre todo los antiguos familiares de la casa de Orleans, procuraban, sin embargo, hacerles comprender la situación, explicándoles, no sin malicia, que indudablemente esta situación era extraña, pero que un presidente responsable, sobre todo cuando este presidente se llamaba Bonaparte, había de tener más libertad de acción que un simple rey constitucional. Al asombro se unía el desdén. Repetíanse con afectación los nombres publicados por el *Monitor*; preguntábase, comentando las palabras del mensaje, si aquellos eran los *hombres de acción* cuyo advenimiento se anunciaba. «Sería necesario publicar cuanto antes la biografía de los nuevos consejeros del príncipe, para que el país los conociera,» decían muchos. Mientras tanto se revelaba la inquietud general. Comprendíase que Luis Napoleón se consideraba revestido, no de un simple título, sino de un cargo real. Ninguno de los individuos del nuevo gabinete se hallaba investido de las funciones de presidente del consejo, lo que indicaba en Luis Bonaparte el propósito de gobernar por sí mismo. En vano trataban los descontentos de divertirse á expensas de los ministros: en aquellos hombres poco conocidos, las personas perspicaces veían el núcleo de un partido que iba á aumentar. La poca notoriedad de los consejeros era para ciertos hombres políticos un motivo más de alarma. Estos comprendían que Luis Napoleón quería ministros á quienes poder dominar; y como su talla no era muy grande, había de tomar un ministerio de muy poca altura, reservándose sin duda el crecer luego con ellos.

El presidente no era hombre para ir de un salto á la meta de sus designios. Le gustaba sorprender á la opinión con sus resoluciones imprevistas, y detenerse luego como para adormecer la vigilancia de sus adversarios, sin perjuicio de volver á tomar de pronto la ofensiva, una vez renacida la confianza. Por medio de su mensaje de 31 de octubre había afirmado su política personal; por medio de la elección de sus consejeros, había roto con la tradición parlamentaria, contestando de una manera elocuente á los que le habían querido humillar. No pasó de ahí su audacia, sino que, por el contrario, el príncipe procuró suavizar la herida que su mano acababa de inferir.

El 2 de noviembre, el general de Hautpoul leyó en la tribuna su profesión de fe y la de sus colegas. En vano se hubiera buscado en aquella declaración el más mínimo reflejo del mensaje presidencial. Los individuos del gabinete hacían grandes elogios de sus antecesores; protestaban de su comunidad de miras con la mayoría; prometían velar por los intereses del país. En aquel programa conciso y vulgar nada recordaba la política de iniciativa ponderada por Luis Napoleón. La conduc-

ta de los nuevos ministros respondió á sus palabras. Nadie más atento que ellos á evitar toda innovación. Confirmáronse todas las medidas de orden tomadas por el gabinete anterior. El general Changarnier fué mantenido en su doble mando. Las guardias nacionales facciosas quedaron disueltas. Hubo un punto en que el nuevo gabinete se mostró más radical que su antecesor: el espurgo de los funcionarios administrativos y judiciales había permanecido siempre incompleto, merced á los escrúpulos liberales de Odilón Barrot y Dufaure; Rouher y Fernando Barrot, libres de tales escrúpulos, apresuráronse á eliminar de los cargos públicos á los últimos partidarios de la república de Febrero. Mientras tanto, el presidente, como si hubiese olvidado su propio mensaje, procuraba tranquilizar los ánimos. Como circulaban rumores de golpe de Estado, aprovechó la ceremonia de la apertura de los tribunales para exhortar al «respeto á la ley, primer deber de los pueblos libres (1).» Pocos días después, el 10 de noviembre, una nota del *Monitor* desmintió formalmente «los rumores que turbaban la seguridad pública (2).» Algo más tarde, en un banquete del Hotel de Ville, Luis Napoleón brindó por la unión de los poderes.

Respecto al partido católico, el príncipe no tardó en encontrar de nuevo su benevolencia ordinaria, benevolencia que los últimos incidentes de la cuestión romana habían alterado un poco. Uno de los primeros actos del nuevo ministerio había sido revocar al Sr. de Corcelles. Pero cuando este diplomático, á su regreso de Roma, se presentó en el Eliseo para dar cuenta de su misión, Luis Bonaparte le recibió con extrema cortesía, manifestándole el más vivo sentimiento por un desacuerdo pasajero. Aquel mismo día, el presidente, hablando con Montalembert, manifestó en términos muy calurosos iguales sentimientos (3). En presencia de tan múltiples testimonios calmáronse las inquietudes de la Asamblea. Los jefes parlamentarios aconsejaron paciencia y poco á poco se restableció el acuerdo.

Restablecióse, pero no al extremo de borrar las huellas de tan viva alarma. Desde entonces la armonía fué precaria, no cordial. No faltaban ganas de reñir, pero veían en ello más peligro que ventaja, y esta consideración evitó los conflictos. A partir del 31 de octubre, hubo dos partidos que marcharon paralelamente; partidos no opuestos aún, pero ya distintos, *el partido del Eliseo y el partido de la Asamblea.*

En el Eliseo empezaron á agruparse en torno del príncipe muchos representantes; los que no estaban afiliados á ningún partido; los indecisos que, no sabiendo hacia qué lado inclinarse, se arrimaban instintivamente al poder ejecutivo; sobre todo los ambiciosos. Estos últimos, viendo llegar al poder á hombres desconocidos, creyeron poder aspirar á los más altos empleos, y ofrecieron su concurso á Luis Napoleón. Por aquel entonces aparecieron en los movimientos diplomáticos los primeros nombres bonapartistas, los Murat, los Walewski, los Bassano. Rouher acababa de entrar en el ministerio. Morny no había de ofrecerse hasta un poco más adelante. El Eliseo tenía un precioso propagandista en Persigny, hombre activo y leal. A fines de 1849,

(1) *Monitor* de 1849, pág. 3493.

(2) Papeles y documentos inéditos.

(3) Papeles y documentos inéditos.